



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Madrigal, por don M. M. Murgia.—María Tudor, reina de Inglaterra (continuacion).—Julia (Historia de unos amores), por don Pablo Ortiga Rey.—Variedades: *Días*, Aria de Vago, por Gazél.—Revista de Madrid.—Esplicacion del pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

De los afectos del corazon.

Mucho se ha escrito, y algo hemos dicho en este periódico, sobre los afectos del corazon; pero todo no es aun bastante para inculcar en el ánimo esos puros y nobles sentimientos que forman el encanto de la vida, la alianza de la sociedad y nuestra propia ventura.

Entre todos los afectos descuella la amistad, que algunos pueblos deificaron, que la mitología hizo de ella una virtud.

En la amistad no cabe mediania, si ha de ser pura, noble, desinteresada; si ha de representar lo que ella es en sí. Por eso creemos imposible tan sublime afecto en esas almas vulgares, incapaces de todo lo grande; por eso es tan rara la verdadera amistad.

Se ha dicho, y con sobrada razon, que es mas comun ver un amor apasionado que una perfecta amistad; porque para ésta todo es desinterés, abnegacion, y en el amor suele dominar el egoismo.

Un momento basta para concebir una pasion ardiente, al paso que la amistad necesita mucho tiempo, y en esto se halla la principal garantia de su verdad y de su duracion.

La especie de embriagamiento que da el amor, pone una venda en nuestros ojos que nos impide ver los defectos que nunca estimaríamos, los que llegan á ser un manantial de desgracias, cuando la sana razon nos deja examinar lo que antes no veíamos.

Todo lo contrario sucede con la amistad, que fortifica el tiempo. Así es que el amor, y es una gran verdad, subsiste por sí mismo, y aun por las mayores contrariedades y anomalías. Los caprichos, el rigor, el desden, los celos, el mismo amor propio ofendido alientan una pasion, que quizá disminuiria con mejor proceder; y la amistad, con menos exigencias, solo necesita confianza, complacientes cuidados, y esa correspondencia noble, desinteresada, fraternal. Ella no excluye mayores afectos, ni tiene el egoismo del amor.

Esta pasion se puede convertir en odio: aquel afecto, no se olvida jamás, cualquiera que sean sus vicisitudes.

Una bella presencia inspira amor: la amistad no necesita esteroidades: no quiere belleza sino en los sentimientos: lee en el alma y no en el rostro, y en aquella nunca hay arrugas, jamás envejece.

Si no hay patrimonio que valga lo que un buen amigo, comprendase lo que importa su eleccion. Y nadie debe atenderla tanto como

la mujer, por ser mas difíciles en su sexo esas generosas relaciones, que tantas cuantas son sus ventajas cuando son buenas, son sus inconvenientes cuando son hechas sin el juicio y la discrecion necesarias. Un falso amigo es un asesino que clava un puñal untado con miel; así como hasta las reprensiones de un buen amigo, hacen lo que el sándalo con el hacha que lo corta, lo perfuma.

Si en la niñez no hay el suficiente discernimiento para contraer amistades, inclínese la voluntad á la persona buena y aplicada; que ni una dará malos ejemplos, ni la otra enseñará malas lecciones. De todos modos, el consejo de la madre sean los preceptos que se obedezcan; que una madre no aconseja mas que el bien, porque solo desea la felicidad de sus hijos.

A. Pirala.

LITERATURA.

MADRIGAL.

Amor, hermosa mia,
Es de tu corazon la flor galana,
Pero es flor, y la flor no vive un día,
Brotó con la mañana
Y el sol del Mediodía
Su frente agosta, y de la tarde el viento
Secas sus hojas en las alas lleva
Con triste y perezoso movimiento.
Mujer, mujer, gocemos
De esa flor de la vida,
En tu yermo camino Dios la puso,
Gocemos, ay! antes que el sol de Oriente
Un rayo sin calor, triste y confuso
Envie del ocaso, y en tu frente,
Pálida de dolor, brille templado
Y alumbre acaso un corazon que llora
Un amor que ha nacido con la aurora
Y el viento de la tarde ha despojado.

M. M. MURGUIA.



HISTORIA.

MARIA TUDOR.—Continuacion.

Los soldados retrocedieron algunos pasos, saludando silenciosos y con el respeto que la princesa sabia inspirar á cuantos se acercaban á ella.

—Señora, dijo entonces uno de ellos adelantándose, vengo con esta orden firmada por S. M.

María recorrió rápidamente con la vista el papel que la presentaban.

Era un acta de prision contra su capellan, que debia comparecer en el momento ante el tribunal que iba á juzgarle, ó lo que era lo mismo, á condenarle.

La princesa dejó caer de sus manos el pliego fatal.

El gefe de los soldados se les acercó, y pronunció algunas palabras á media voz. Cuatro de ellos se adelantaron para apoderarse del anciano sacerdote.

—Esperad un instante, les dijo, que luego os seguiré, y empezó á despojarse de sus ornamentos.

María presenciaba aquella escena inmóvil, silenciosa, como siempre que alguna violenta emocion embargaba su ánimo.

—Señora, la dijo el sacerdote al salir, no deploreis mi suerte: poco tiempo me restaba de vida, y ese no merece una lágrima de vuestros ojos: si mi muerte como creo está decretada, me abrirá las puertas del cielo, y allí podré tambien rogar por vos.

Por única respuesta la princesa se dejó caer de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos, y prorumpiendo en sollozos convulsivos.

—Señora! murmuró una voz casi á su oido.

La princesa se estremeció, levantó la cabeza, y se puso en pié.

Era el mismo portador de la orden de prision que acababa de ejecutarse.

—Qué quereis? dijo la princesa con severidad.

—Mi mision no está aun terminada: tengo además la de conducirlos al castillo de Newall.

Y el emisario abriendo una ventana próxima, hizo seña á la princesa de que se acercase.

Al través de ella María vió un carruaje enganchado, y rodeado de soldados.

—Seguidme, dijo la princesa á sus damas consternadas.

Y sin entrar á sus habitaciones se dirigió á la escalera que bajó lentamente.

Allí se habían reunido todos sus leales servidores: para cada uno tuvo la princesa una palabra afectuosa, ó una promesa consoladora. Al ver su sentimiento parecía olvidar el suyo. Subió al carruaje, y cuando salió rápidamente del palacio, sacó aun la cabeza por la portezuela para decirles adios.

El mismo día llegó al castillo de Newall, donde fué encerrada en uno de sus torreones. Allí debía permanecer hasta la muerte del Rey.

V.

Dos años despues Eduardo VI exhalaba el último suspiro en su palacio de Greenvick, sucumbiendo de consuncion á los diez y seis.

El duque de Norfolk, abusando de su influencia, le hizo nombrar en su testamento á Juana Grey, por heredera del reino, con exclusion de la princesa María.

Conviniendo así á las miras del duque de Nortumberland, la muerte del Rey fué un secreto, excepto para un corto número de personas interesadas como él en ocultarla.

Solo le faltaba tener en su poder á las dos princesas, que debian ser un grande obstáculo para la proclamacion y reconocimiento de los derechos de su nuera, la encantadora Juana Grey.

Momentos antes de espirar Eduardo, Nortumberland mandó al Consejo que escribiese á las dos princesas, rogándolas en nombre de su hermano que se pusieran inmediatamente en camino, porque necesitaba de sus cuidados.

Ignorando María la pérfida intencion del Ministro, no vaciló un instante, emprendiendo inmediatamente su marcha.

No bien habían salido de Newall, cuando entraba un correo en el castillo. Sus vestidos estaban cubiertos de polvo, y su caballo se dejó caer exánime de fatiga.

—Y la princesa María? preguntó al centinela.

—Acaba de salir para Greenvick.

El correo hizo un ademan de desesperacion y de impaciencia, y pidió que le trajesen inmediatamente otro caballo, volviendo á salir á escape, y dejando en su curiosidad á los espectadores de aquella escena.

No mucho despues divisó la comitiva de María, y aguijoneando fuertemente á su caballo, no tardó en alcanzarla en Hoddesden.

Acercóse á la princesa, abriéndose paso por en-

tre los caballeros que la acompañaban, se apeó, y doblando una rodilla en tierra la entregó un pliego cerrado.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

JULIA.

HISTORIA DE VIVOS AMORES.

(Continuacion.)

IX.

Al mismo tiempo que en casa de Alberto pasaba lo que dejamos dicho en el capítulo anterior, Julia, la virtuosa, la enamorada, la inocente Julia, escribía lo que sigue á una amiga de toda su confianza, y para la que no guardaba secreto alguno su corazón.

«Alégrate mi querida Sofia; tu amiga Julia es dichosa. Sí; soy dichosa, muy dichosa, porque amo y soy amada. Dios ha querido hacerme conocer ese sentimiento, destello purísimo y brillante de su inagotable bondad.»

«Oh! no puedo espresarte lo que pasa por mí. Siento una angustia que me oprime el corazón, pero es una opresion tan grata, tan consoladora, que me estasio en acariciarla; creo que dejaria de ser feliz si me abandonase.»

«Alberto ha sido muy desgraciado, tiene el corazón herido. Mujeres que no comprendieron la santidad del amor desgarraron sus entrañas, y abrieron en su alma heridas profundas. Pero yo las cerraré; yo seré el médico que saque su vida del letargo en que se encuentra; el misionero bondadoso que convierta su incredulidad á la religion de los buenos; el ángel consolador y benéfico de sus amarguras y sufrimientos.»

«¡Qué ventura la mia, mi querida Sofia! Yo, pobre niña llamada para regenerar la vida de un hombre! Ah! esto es mas de lo que yo podia desear.—Gozo ya en la contemplacion de los recursos que estoy aglomerando para labrar la dicha de mi Alberto.»

«¡Cuánta dulzura, cuánto amor, cuánta felicidad voy á derramar sobre su existencia!—El tiempo pasará rápido para nosotros, y el día en que la muerte nos separe, nos encontrará tan amantes como hoy.»

«Perdona Sofia mi exaltacion, hija de mi felicidad, y recibe el ósculo tiernísimo que te manda tu

Julia.»

X.

Las circunstancias que unidas á la fatalidad se conjuraban en contra de Julia, hicieron que en la casa de ésta se hallase sirviendo un hombre que tiempos atrás habia sido criado de Jorge. Al momento pensó éste en su antiguo servidor para favorecer los malvados planes de su amigo, y merced á un puñado de oro, el desleal criado franqueó á Alberto en una noche las puertas del santuario donde reposaban el honor y la virtud de Julia.

XI.

Sesenta días despues, sentado Alberto en una butaca, leia en su habitacion y delante de Jorge la siguiente carta:

« Dos meses han pasado, Alberto, desde la noche en que ébria de amor, y fascinada por el fuego de tus ojos y por el mágico poder de tus palabras te hice entrega de mi honor. Dos meses, tiempo larguísimo y horrible, puesto que para la que como yo vive amando, es un siglo cada segundo: dos meses, y en este tiempo mis ojos no te han visto una vez siquiera: dos meses, y en ellos no has tenido un pensamiento para la que todos sus pensamientos te los consagra á tí.»

«Será que te hayas cansado ya de las caricias de Julia? Será que tu corazón, como en la noche del baile me digiste, se halla en efecto cerrado para el amor? Pero no, eso no puede ser; eso no es posible, ni tampoco quiero creerlo. Alguna ocupacion, sin duda forzosa te ha impedido venir á los brazos de tu amante Julia. ¿Verdad que esto es cierto? dime que tengo razon, aunque así no sea, y quedaré contenta.»

«Y no es ya de mi amor solo de quien tienes que ocuparte; es tambien del hijo tuyo que llevo en mi seno, porque, sábelo Alberto, soy madre. Sí, soy madre, y ahora mas que nunca necesito de tu amor y de tu apoyo.»

«Qué será de mis padres cuando sepan mi delito? qué será de mi hermano, qué será de mí? yo no lo sé; pero por Dios no me retires tu amor, no te olvides de mí, y será feliz tu

Julia.»

—Pobre chica. El compromiso en verdad es algo serio.

—Pobre Julia!—Casi me compadece su situacion.

—Y á mí: estoy á punto de enternecerme.

—La situacion de Isabel devolviéndote tu amor y convirtiéndote en asesino, y poniéndote á las puertas de la muerte, era tambien, sino de lástima, digna por lo menos de aplauso.

—Jorge, tú eres el génio del mal para mí.

—Qué disparate! Soy un amigo que te quiere, y que se interesa por tu tranquilidad.—Cuando yo estuve á punto de cometer la locura de enamorarme de Adela, tú me separaste de ella recordando mis anteriores sufrimientos. Hay nada mas lógico que en justa reciprocidad yo te separe ahora de Julia?

—Pero esa mujer va á asediarme con sus cartas. Sus padres me buscarán....

—Fácil remedio. Mañana entramos en la diligencia de Bayona y nos trasladamos á París.

—Un viaje, cuando nos encontramos sin dinero.

—Dirias bien, sino fuera porque este talon dice lo contrario que tú.

—Seis mil duros. Y la procedencia será?...

—La de todos los demas. Ya sabes que nuestro hombre se pinta solo para estas cosas.—Un día en el Banco; otro día en la banca... Con que á preparar el equipaje mientras yo hago efectivo este papel..

—Y mañana partimos para París.

—Para París, y ancha Castilla.—Berlin, Londres, Petersburgo, Viena, todos los pueblos indistintamente son nuestro pais. El mundo es patrimonio de quien mas destreza tiene para explotarle; seamos diestros y explotémosle pues.

—Esplotémosle, sí, sin consideracion alguna.

—¿Quién habla de consideraciones? Guerra sin tregua ni descanso, Alberto; guerra, y el triunfo será nuestro.

—Guerra, Jorge, guerra.—Jóvenes, llenos de entusiasmo y de fé, y rebosando el corazón pureza nos echamos en brazos de ese mundo que no quiso comprendernos, y á nuestro entusiasmo y á nuestra pureza contestó con el sarcasmo, con el insulto y con el desprecio.—Oh! volvámosle, ya que así lo quiere, centuplicados sus desprecios, y sus insultos y sarcasmos.

—Se los volverémos, sí. Abrirémos sus entrañas, y con el pomo en la mano, irémos vertiendo en ellas una por una todas las gotas del veneno que él nos hizo beber.

—Guerra, sí. Que los hombres y las mujeres solo sean para nosotros *objetos* que tomemos ó rechacemos, segun que á nuestro propósito convenga.

—Solo tenemos una cosa en nuestra contra, Alberto.

—Y cuál es?

—Que si bien las *virtudes* extranjeras no son tan formidables como las españolas, en cambio los banqueros de por allá se dejan engañar con menos facilidad que los banqueros de por acá; pero no hay que tener miedo, qué diablo, donde quiera que nosotros vayamos no han de faltarnos recursos.

—Bravo; eres lo que se llama un hombre. Dáme un abrazo, Jorge.

—Y veinte mas que tú quieras. Fuertes, que son abrazos de amigo, verdaderos; no como los que da la mujer, que son hermanos gemelos de los besos que daba Judas.

(*Se continuará.*)

PABLO ORTIGA REY.

VARIEDADES.

DIAS.

ARIA DE VAGO.

Luchaba interiormente y estaba indignado conmigo mismo.

BENJAMIN CONSTANT.

I.

No aludo á los dias fastos y refastos.

Tampoco á los aniversarios. Son tantos ya los acontecimientos dignos de conmemoracion que no caben en las centurias.

Menos cabrian en los limites de un articulo.

Véanse las listas de efemerides que diariamente publican algunos periódicos.

Son muchos los grandes hechos que ha llevado á cabo en pocos siglos la pequeñez humana.

Tampoco aludo á los cumpleaños.

Ni comprendo que se pueda escribir de esas medidas del tiempo mas que esta sencilla frase—*Adios!*

Es un pensamiento perdido en un océano de lágrimas.

Es una despedida breve y aguda como la última queja de una niña que muere.

Es un sonido leve y rápido como el ruido que hace la hoja al desprenderse del árbol.

Mas lejos está aun del objeto de este articulo

trazar el cuadro que ofrece una casa en el dia del santo de cualquiera de los que la habitan.

Seria difícil aquilatar esa conocida fórmula, que tiene por objeto dar la enhorabuena á un prójimo, porque tiene la dicha de llamarse Juan ó Diego.

Especie de felicidad, que puede el hombre variar á su antojo por medio de la confirmacion.

Otro es hoy mi intento.

Pretendo bosquejar el estado del alma en cualquiera de esos dias que todos tenemos, y en los cuales nadie nos felicita.

Tal vez porque en ellos no se encuentra la felicidad, ni aun en la boca de los importunos.

Quizá porque en la cara del que en tal guisa anda, conocen todos que está muy ocupado en felicitar un pensamiento que ha tenido la humorada de visitarlo.

Un viajero que ha tomado hospedaje en su cerebro.

Y que viene... de cualquiera parte.—Vaya vd. á averiguar el origen de algunas ideas, cuando apenas hay filósofo que no haya perdido las suyas en esta clase de investigaciones.

Y un huésped las mas de las veces curioso y mal educado.

Que entra dando voces en el dormitorio de los hechos, y despierta una porcion de memorias, que como á niños soberbios, habia costado mucho trabajo dormir.

Y gracias que no sea un huésped romántico.

Y dé en la mania de evocar en són de mago, y golpeando el corazon muertas esperanzas.

O un visionario, que tome por realidades esos fantasmas, sombras que las ideas proyectan en la imaginacion.

Que entonces con poco que prolongue su visita hay lo bastante para volverse loco.

Loeo!

Hé aquí una apreciacion del pensamiento, que pudiera muy bien ser una paradoja.

Porque locos han sido Galileo y Colon, Guttemberg y Fulton, Camoens y Góngora.

Y todo el mundo que los conoce, tiene por cuerdos á mi aguador y á mi cocinera.

Es verdad tambien que despues de conocerlos, cualquiera aceptaria el dictado de *loco* por no parecerseles.

Muchas veces he pretendido contestar la pre-

gunta de Victor-Hugo.—¿Son los cuerdos ó los locos los verdaderos dementes?—Pero he desistido, porque mi modestia no me permite levantar el pensamiento á la altura de Galileo.

He llegado á sospechar sin embargo de la cordura de Victor-Hugo.

Porque á un hombre de juicio no se le hubiera ocurrido semejante duda.

Ni saldria cuerdo de su empresa el que se empeñase en desvanecerla.

De todo esto se deduce que hace una hora que estoy vagando por las calles de Madrid sin direccion, cantando un ária en *re*, cuerdo.

Es decir que estoy en uno de esos dias que he indicado antes.

Ademas tengo alojados.

Anoche, despues de visitar á una valenciana, me eché en busca de asunto para un artículo, pero por mas que hice no se me ocurrieron mas que estos versos de Gil Polo :

*Galatea desdeñosa
del amor que á Licio daña
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa
que el mar con sus ondas baña.*

En vano me ostiné en traer el pensamiento á terreno firme, de las orillas del mar se fué á las del Bétis.

Magdalena, esa niña de rubios cabellos, tranquila y melancólica como nos representa el pincel á la que lloró al pié de la Cruz, se dibujó en mi memoria envuelta en el traje en que la conocí, y cuyo color armonizaba perfectamente con mis ideas.

Recurri á la *amistad* para hacerlas variar de rumbo y de colores.

La *amistad* es el título de un periódico que se publica en Cádiz, y que yo tenia sobre la mesa.

Esto acabó de dar al traste con mis propósitos.—Malhadada *amistad*!

La lectura de un romance impreso en ella me trajo á orillas del Manzanares y de la laguna de la Casa de Campo.

¡Siempre cómo la abrasada arena al lado del agua!

Esto no lo digo por el rio de Madrid, pero esto me hizo pensar en unos ojos que tienen el color de las olas.

Risueños como ellas en bonanza. Como ellas

airados cuando las nubes impiden que la luz las acaricie.

Me ví perdido en un Mediterráneo de recuerdos, que no siempre ha de ser Océano.

Sin las velas de la esperanza.

Como un bajel despues de la tempestad.

*..... Nassum maggior dolore
che ricordarsi dal tempo felice
nella miseria*

Dante sustitua á Gil Polo.

Me era imposible dar con un pensamiento original.

Apagué la luz y me quedé:

Como la noche.

Como el porvenir.

Como los tontos.

Como los encarcelados.

Como los jugadores de azar.

Como Sancho en la Venta.

Como Dumas en las costumbres españolas.

Como los rondadores andaluces.

Como el interior de un teatro antes ó despues de la funcion.

Como las calles de Madrid á las tres de la mañana.

Como se casan muchos.

El sueño es hermano de la oscuridad.

Este pensamiento que sinteciza parte del de Calderon en *La vida es sueño*, explica tambien que yo me durmiese despues de quedarme á oscuras.

II.

Me levanté temprano.

Intenté escribir, pero nada, la misma vaguedad que el dia anterior.

El mismo desórden de ideas alborotadas y revueltas con los recuerdos.

El huésped continúa haciendo de las suyas.

Malhadada visita!

Hé aquí los *días* en cuestion.

Esos dias que todos tienen y que se esplican de tan diversos modos.

Esos dias en que se piensa mucho quizá, y no se puede hacer nada sin embargo, porque hay alguna causa que impide ordenar las ideas.

Y esa causa suele ser el viajero, el huésped alborotador y entremetido.

Algun recuerdo ataviado con el traje de la esperanza.

Alguna influencia atmosférica quizá.

En estos días no se puede leer.

Porque se pasa y repasa cien veces la hoja de un libro sin lograr nunca entender lo que dice.

No se puede escribir, porque aunque se emborronasen cien cuartillas para hacer un artículo, siempre quedaría el papel *en blanco*, color literario que por lo inofensivo podría ser *blanco* de amargas burlas, y que por desgracia es el que distingue á muchas obras modernas.

No se puede ir á ninguna parte.

En una visita hay riesgo de ponerse á los piés del dueño de la casa, ó de explicar á la señora una teoría de billar.

En un paseo se corre el peligro de ser atropellado por un coche.

Es verdad que este peligro lo hay todos los días en Madrid.

En un baile, en todas partes se estorba. Por mirar las *figuras de movimiento* no se contestan las preguntas de las figuras inmóviles.

Y es muy fácil estar oyendo hablar á una muchacha media hora y concluir por preguntarla qué ha dicho.

O dar por toda respuesta al largo discurso de un viejo una sonrisa.

Esto en fin no es lo mas malo, porque la mayor parte de los discursos de sociedad no tienen otra contestacion.

En un duelo no tendria nada de extraño el pedir con mucha formalidad á la hija del difunto que tocase las *habas verdes* ó el *bolero*.

Y en un teatro no quitarse el sombrero ni el embozo durante la representacion, ó sentarse encima del sombrero del vecino.

Y sin embargo, en estos días no hay mas remedio que liarse en la capa y echarse á vagar por las calles.

Salir en busca de impresiones y hacer el papel de observador, en la que llama Balzac, *comedia humana*.

—Dónde vá vd.?

—A ninguna parte.

—Qué se hace vd.?

—Nada.

—Parece que está vd. preocupado.

—No.

—Que vd. se divierta.

—Gracias.

Estoy completamente de acuerdo con Florentino Sanz, en que *el verbo divertirse es una ironía del Diccionario*.

Otros esplican estos *días* de distinta manera.

Creen que son momentos de descanso que tiene el alma en su viaje por la tierra.

Y que esa fatiga de la parte moral es la causa del decaimiento físico que los abruma.

Esto en buen romance equivale á dar al espíritu las propiedades de la materia.

Muchos buscan la causa de su estado en estos *días* en la influencia de una enfermedad inglesa llamada *spleen*.

Yo creo que los mas de los españoles que se quejan de esto no padecen mas que el nombre de la enfermedad.

Ello es lo cierto, sin embargo, que estos *días* existen, y que su influencia alcanza á muchos.

Cien veces recuerdo haber oido en contestacion á esta duda.—No sé que tengo hoy que nada me sale á derechas.—Esta frase de cajón:

—Hay días en que no se está para nada.

Y todos tienen de estos días.

En que el pintor no acierta á entonar un cuadro;

En que el escultor rompe cuantos bustos toca;

En que el poeta empieza mal y acaba peor cuanto emprende.

En estos días es cuando deben decir los sábios sus desatinos, si es cierto, como dijo Azcona, que

No hay absurdo que no cuente á algun sábio por autor.

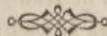
Uno de estos días, en fin, ha servido de asunto á este artículo, y ha preparado mi ánimo para escribirlo.

Su desórden es un daguerreotipo del estado en que el huésped puso mis ideas.

Si hubiera esperado á ordenarlas para escribirlo hubiera perdido su carácter.

Además, yo tenia en ese *día* necesidad de escribir.—Mi corazón sabe porqué, y *no siempre, como dice Figaro, está en la mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada con principio, medio y fin.*

GAZEL.



REVISTA DE MADRID.

Abril es comunmente un mes benéfico cuyas auras impregnadas del perfume de violetas y primaveras, nos vivifican, llenando de juventud y de esperanza á las almas poéticas y sensibles. Capricioso, sin embargo, é inconsecuente como una niña mimada, juega á veces con nuestras ilusiones con pérfida coqueteria, demostrándonos que descende por linea recta de Enero y Febrero.

Mas si la naturaleza nos retrasa este año sus flores, la galanteria española no las ha escaseado para despedir dignamente á los distinguidos artistas Ronconi y señorita Alaimo. La simpática *prima donna* ha dejado en su corta aparicion en el coliseo de Oriente gratos recuerdos al público madrileño. El eminente barítono ha recibido, entre otros presentes, un magnifico alfiler, regalo de S. M. la Reina, que representa una corona de laurel: es de oro esmaltado, guarnecido de brillantes. Los empresarios del *Circo* tambien le han obsequiado con una corona de plata del tamaño natural, en una bandeja primorosamente labrada.

Los artistas del coliseo de la Plaza del Rey han recogido tambien gran cosecha de aplausos en la zarzuela *Entre dos aguas*, á beneficio del señor Salas. El libreto es del señor don Antonio Hurtado, y tiene entre muy buenos versos, algunos chistes de color de primavera que tanto gustan al alegre y bullicioso público del Circo. La música de los señores Barbieri y Gaztambide es agradable, y de muy buen efecto en algunas piezas. Entre las que se repitieron hay un duo que cantaron muy bien las señoritas Latorre y Ramirez: las dos vestian con suma elegancia, pero el traje de la Adela en los dos primeros actos es del mejor gusto: el prendido encarnado sobre su pelo de ébano juega muy bien con los adornos de enrejados de seda y abalorios negros que guarnecen la falda de raso de aquel color.

Navegar á la ventura dado últimamente en el teatro del *Príncipe* ha obtenido un éxito regular. Este drama de Alejandro Dumas, aunque muy bien traducido y arreglado por el beneficiado señor García, no escita un grande interés, por lo complicado de su accion. El señor Arjona (D. J.) desempeñó el papel de *Kean* con su conocida inteligencia: la señora Lamadrid embelleció el po-

co importante de Ana Damby. La señora Carrasco estuvo muy bien en el de condesa de Kocfeld, y vestia con lujo y propiedad. Mañana se dará en este coliseo *El desden con el desden* á beneficio de la señora Lamadrid.

La prolongacion del invierno mantiene abiertos algunos salones, y en estos santuarios de la elegancia y el buen tono, que reunen lo mas distinguido de la sociedad madrileña, es donde la Moda dicta sus oráculos, y arregla el programa de las novedades de cada estacion. No buscaremos, sin embargo, en ellos las de primavera, bajo los auspicios todavia del invierno. Por muy lindos que sean al brillo de las bujias los trajes de tul de ilusion, los prendidos de plumas, las caidas de blonda, parecerian pálidos á la luz esplendente del sol de Abril. Esperemos un poco, amables lectoras, y frescos y ligeros como sus auras, brotarán para nosotras entre el verdor de las hojas y el aroma de las flores, los delicados colores de nuestros trajes de organdi, chaconá y gasa. La graciosa capota de crespon ó blonda, el aéreo sombrero de paja, sustituirán á los de grós y raso, y airo-sas manteletas de encaje ó de muselina bordada, caprichosos echarpes de guipure ó de blonda á los pesados abrigos de terciopelo.

AURORA PEREZ MIRON.

Esplificacion del pliego de Dibujos.

- Núm. 1. *Guarnicion* para mangas: bordado á realce.
- Núm. 2. *Guarnicion* para enagua: bordado al pasado y á feston.
- Núm. 3. *Abecedario*, de letra inglesa: bordado á realce.
- Núm. 4. *Cuello* á lo mosquetero: bordado á realce y feston.
- Núm. 5. *Esquina* de pañuelo: bordado á feston y plumetis.
- Núm. 6, 7 y 8. *Nombres*: bordado á realce.

